

A

ARDILES GRAY, JULIO



ARDILES GRAY, JULIO

Nombre: Julio Ardiles Gray

Nacimiento: 6 de mayo de 1922, Monteros, Tucumán

Fallecimiento: 19 de agosto de 2009, Buenos Aires

Trayectoria: Escritor que incursionó en el periodismo. Traductor del francés, italiano y portugués. Uno de los fundadores del movimiento cultural "La Carpa" que aglutinó a grandes poetas del noroeste argentino como Raúl Galán, María Adela Agudo, María Elvira Juárez, entre otros. Publicó libros de cuentos, novelas, teatro y poesía. Su novela *El Inocente* fue llevada al cine por Gerardo Vallejo. Fue periodista en La Gaceta, de Tucumán; secretario general de redacción de la revista Primera Planta; redactor de los diarios La Opinión y Convicción. Publicó cuentos en los diarios La Nación y Clarín.

A

El Susto

Desde ese día comencé a mirar a mi madre con otros ojos.

También, a menudo, me miraba al espejo.

Era verdad, era moreno. Mi hermano en cambio era rubio y tenía los ojos azules.

–Y a verás cuando vengan los gitanos– me decía.

Y todas las noches yo rezaba para que no vinieran.

Sí. Miraba a mi madre con angustia. Porque esa era la madre que a mí me gustaba y sabía que no podía vivir sin ella. Por eso tenía miedo que lo que decía mi hermano fuera verdad.

Rondaba alrededor de ella en silencio y la miraba largamente como si esperase que de pronto fuera a desaparecer en el aire reemplazada por otra madre morena, por una gitana de una gran pollera de colores, con aros, prendedores, dijes, zarcillos de cobre y abalorios baratos.

De noche, cuando nos a pagaban la luz, me quedaba con los ojos abiertos, pensando. Sentía que mi hermano me vigilaba y a veces me pareció que se reía.

Constantemente me vigilaba, y varias veces me sorprendió en los instantes que hacía cariños de lejos a aquella que hasta hace poco había querido con inocencia.

Y ella no se daba cuenta de mi angustia y circulaba, como siempre, entre las cosas envueltas por mi acongojada ternura.

Esa mañana no pude más y corrí a refugiarme en su regazo gritando:

– No... No quiero que me lleven... No me importa.

Ella dejó de conversar con la gitana vieja que cerraba el ojo izquierdo para defenderse del humo de un cigarrillo que hacía bailar a un costado de la boca.

Ella me separó con fuerza pero con cariño y me preguntó entre sonriente y sorprendida:

– ¿Qué dices?

– Que no quiero irme con ella– dije ahogado por los sollozos y aferrándome a su gran batón floreado.

Y cuando me apretó contra su regazo sentí como si me hundiera en un pozo dulce y profundo.

Al despertarme, lo primero que vi fue la cara angustiada de mi hermano y la mano de ella. En la habitación había un fuerte olor a Agua de Colonia. –¿Cuándo me llevan? –pregunté con un hilo de voz.

–Nunca– me respondió muy bajito. Entonces me di cuenta que ella tenía los ojos enrojecidos.

Mi hermano en cambio ponía cara de penitencia.

–Me han dejado sin postre por dos meses –balbuceó entre falsos "pucheros".

Me senté en la cama.

–¡Entonces no es cierto! – grité.

Mi madre me abrazó con fuerza y comenzó como a acunarme. '

La pobre gitana vino a venderme una paila de cobre –sentí que me decía.

Pero yo no podía hacer nada más que abrazarla, reír convulsivamente y sollozar.

De pronto por sobre el hombro de mi madre, miré a mi hermano. Me hizo un guiño. Nunca pude saber si era de complicidad o de cruel sabiduría.

El lunar con pelos

Para Pablo Giori

A los 5 años, el niño Andrés descubrió el espejo. Se pasaba horas frente a la luna biselada del enorme ropero instalado en un rincón del cuarto de la abuela. Abandonó sus juguetes: sus autitos de lata, su trompo silbador, sus bolitas y el imposible balero, como así también su álbum de figuritas de plantas y animales, regalo de cumpleaños de la tía Clarisa. Lo primero que el niño Andrés vio en el espejo era otro niño, rubio, casi pelirrojo, de nariz respingada, con sus mejillas llenas de pecas y sus orejas bastante despegadas de la cabeza y su boca que se abría y se cerraba dejando ver una inmensa lengua. Además, cuando movió el brazo izquierdo, el niño del espejo, a su vez, movió el derecho. Entonces cayó en la cuenta de que todo lo que en su cuerpo era derecho en el espejo era izquierdo y viceversa.

Más tarde, descubrió que el personaje que vivía al otro lado del espejo podía hacer muecas y morisquetas como las suyas. Ensayó hacerle burlas sacándole la lengua y moviendo la cabeza, tal como cuando quería hacerla rabiarse a su prima Enriqueta. Después cruzó los ojos, con un dedo se arremangó la nariz hasta convertirla en un pequeño hocico de un extraño animal para, finalmente, con dos dedos estirar la boca hasta donde pudo; y al ver tal deformidad, se puso a reír como un loco. El niño del espejo también se rió.

Una mañana en que el niño Andrés cumplía sus ritos frente al espejo, la tía Clarisa lo sorprendió sin que el muchacho se diera cuenta. Lo llamó suavemente. Sobresaltado, el niño se volvió como queriendo tapar la imagen del espejo.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó.

Rojo de vergüenza, Andrés tartamudeó:

– ¡Nada!... ¡Nada!... ¡Estaba jugando!

Burlona, la tía Clarisa susurró suavemente:

–¿Sabés una cosa? A los niños que se miran mucho en el espejo, desde el fondo les sale una mano negra y les toca la cara dejándoles un lunar con pelo.

Y se marchó sonriendo de la pieza.

El niño Andrés quedó azorado primero y luego, espantado. No se atrevió a mirarse en el espejo. Volvió a sus juguetes, que había abandonado: al trompo silbador, a sus autitos de lata, a su libro de láminas y a su imposible balero. Cuando tenía que pasar frente al espejo, primero lo hacía corriendo. Luego, la curiosidad pudo más y se asomó brevemente a una orilla del biselado. Cuando vio que el otro niño también se asomaba, se retiró rápidamente.

La intriga, a pesar del miedo, pudo más y, lentamente, Andresito y el niño del espejo volvieron a sus juegos, pero tratando de que la tía Clarisa no los sorprendiera. Pero, a pesar de todo, seguía pensando en la mano negra y en su poder para sembrar lunares con pelos en la cara.

El domingo vino a tomar el té doña Sagrario del Valle Olmos de Albuquerque Cazón, una antigua compañera del colegio de la abuela Clodomira, que había hecho un matrimonio de fortuna al casarse con un multimillonario, mucho mayor que ella, solterón empedernido que le duró poco y, al morir, le dejó en herencia una inmensa fortuna. Doña Sagrario consoló su viudez viajando, primero por el país y luego, por el extranjero, sobre todo Europa. Poco a poco, los castillos se convirtieron en su especialidad, quizás porque al visitarlos se sentía una princesa de un cuento de hadas o, tal vez, para darles envidia a sus viejas compañeras de escuela, unas pobretonas que se habían casado con honrados varones de buenas familias pero que llegaban sacando la lengua a fin de mes, con sus sueldos de empleados o sus exiguas rentas de comerciantes. La verdad era que sus antiguas condiscípulas la admiraban pero también la envidia las carcomía, ya que ninguna de ellas había podido traspasar las fronteras del pueblo donde vivían.

Para el té de ese domingo, la tía había invitado a varias compañeras y amigas de la abuela Clodomira. Pero antes, el sábado, había preparado una gran torta de chocolate, rellena con ciruelas secas previamente embebidas en un coñac de marca. También había lustrado los cubiertos y repasado el juego de platos de porcelana que un antepasado marino mercante había traído de China y cuyos dibujos mostraban dragones que lanzaban fuego por la boca, cosa que maravillaba al niño Andrés.

Ese domingo, doña Sagrario del Valle Olmos de Albuquerque llegó acompañada de Obdulia, la muchacha que le hacía compañía y que soportaba los caprichos y embelecocos de la vieja señora. La sirvienta cargaba con un bolso donde estaban los álbumes con las postales de todos los lugares donde había estado su patrona durante el viaje.

Las invitadas se sentaron alrededor de la mesa y la viuda ocupó la cabecera. Cuando las invitadas y la dueña de casa terminaron el té, y no dejaron ni rastros de la torta de chocolate y pasas de ciruela embebidas en un coñac de marca, doña Sagrario sacó los álbumes del bolso y comenzó su perorata. Al principio su narración fue algo monótona mientras pasaba las postales de mano en mano, pero cuando llegó a los castillos del Rhin que el rey Luis de Baviera había mandado a construir en sus ataques de locura, el tono de la voz de la anciana dama comenzó a parecerse al cacareo de una gallina contenta de haber puesto un huevo.

El niño Andrés, sentado frente a la augusta viajera, no le quitaba los ojos de encima, no tanto fascinado por las postales que pasaba rápidamente a la invitada vecina, sino por el lunar que la narradora lucía en lo alto de su mejilla derecha y en el medio del cual un enorme pelo negro, que comenzaba a encanecer, se enroscaba perezosamente como un muelle. Doña Sagrario continuó con los castillos del Loire, en Francia, y después de pasar por Vilandry, Chenonceaux y Azay-le-Rideaux, cuando estaba a punto de llegar a Chambord hizo un alto en sus historias para tomar aire. En ese momento, el niño Andrés salió de su fascinación y con una voz fuerte le preguntó a la anciana:

– Doña Sagrario, ¿cuándo usted era chica, se miraba mucho en el espejo?

La tía Clarisa, que se había servido la última taza de té, lanzó un grito:

– ¡Andrés!

Y la taza se le cayó de la mano, haciéndose añicos contra el piso y el dragón rojo y amarillo que lanzaba fuego por la boca desapareció entre los fragmentos de porcelana.